

EL APRENDIZAJE DE LA GUERRA A TRAVES DE LAS OBRAS DE LOS HISTORIADORES DE LA ANTIGÜEDAD

Antonio Espino López
Universidad Autónoma de Barcelona

Resumen: En el presente trabajo reflexionamos, tras una lectura atenta de obras históricas de la Antigüedad Clásica, sobre las enseñanzas que los militares europeos de los siglos XVI y XVII podían extraer de dichas lecturas acerca de la forma de hacer la guerra en su época. Se alega que las guerras de la Época Moderna poco tenían que ver con las de la Antigüedad Clásica, de modo que la lectura de los clásicos era sólo un ejercicio academicista; pero lo cierto es que en unos ejércitos en los que la reina de la batalla volvía a ser la infantería, la disciplina férrea y la instrucción continua eran virtudes muy necesarias y casi perdidas, cuyo único referente se conservaba en las obras de los autores de la Antigüedad. De ahí la importancia de dichas lecturas.

Palabras clave: Ejército. Epoca Moderna. Antigüedad clásica. Lectura. Libros de Historia.

Abstract: After reading historical and classical works referred to Greek and Roman world, in this article we reflect on the lessons that the European military men of XVI and XVII centuries could learn from those works about warfare. Our conclusions are that the wars during the Early Modern Age had nothing to do with the ancient Greek and Roman wars. Consequently, the study of the greek and Roman authors was a mere academical work. In spite of that, as the army submitted to a hard discipline was the key for the triumph in a battle and the sole reference describing this importance was in the works of greek and Roman authors, these works continued to be of great importance.

Key words: Army. Modern Period. Reading. Greek and Roman authors. History books.

Al calor del debate en torno al concepto “Revolución Militar” del tándem M. Roberts-G. Parker -con discusiones sobre su cronología, su ubicación territorial, sobre

el número de tropas de los ejércitos en la Época Moderna, sobre la táctica, etc.-¹, ha ido surgiendo también una polémica específica acerca del auténtico alcance de la influencia de los autores clásicos de la Antigüedad sobre la forma de hacer la guerra en la Época Moderna. Mientras G. Parker daba por sentado que existió una influencia de Polibio y Eliano, entre otros, en la renovación de las tácticas holandesas y suecas a partir de la década de 1590, algunos historiadores han comenzado a insistir en que la lectura de los tratados de estos autores por los militares del momento era un ejercicio puramente academicista, de prestigio, de modo que la auténtica escuela de todo buen militar era la propia guerra. Sería mucho más importante el conocimiento adquirido con la espada en la mano que con la lectura de las tácticas de los conflictos del pasado, sobre todo porque las guerras libradas en la Antigüedad no tenían nada que ver con las de aquellos años. Nuestra intención en este trabajo es desarrollar una apreciación al respecto: no debemos olvidar que cuando los oficiales europeos de los siglos XVI y XVII leían a los clásicos buscaban las enseñanzas de una época en la que la infantería era la reina de la batalla, es decir, un período en el que el prestigio militar no se adquiría mandando cargas de caballería pesada, como en la Edad Media, sino evolucionando en el campo de batalla con grandes masas de hombres. La nueva táctica implicaba tanto disciplina férrea como una instrucción continua del ejército; como ambos factores se habían perdido hubo que buscar referencias sobre los mismos en las obras de los autores del pasado.

Las traducciones hispanas de los clásicos de la Antigüedad

Por todos es sabido que el Renacimiento significó una recuperación de las obras de determinados autores de la Antigüedad, griegos y romanos, así como por otros helenizados o romanizados, para dar a conocer a los lectores modernos las causas de las guerras, su desarrollo y, en definitiva, para extraer lecciones que sirvieran para la formación político-militar -y, por qué no, psicológica- de la nobleza y de los militares.² Los héroes-generales de la Antigüedad eran el espejo en el que debían mirarse

¹ G. Parker, *La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500-1800*, Ed. Crítica, Barcelona, 1990. *Idem.*, "La 'revolución militar, 1560-1660': ¿un mito?", en *España y los Países Bajos, 1559-1659*, Ed. Rialp, Madrid, 1986. M. Roberts, *The Military Revolution, 1560-1660*, Belfast, 1956. Jeremy Black, *A Military Revolution? Military Change and European Society, 1550-1800*, Londres, 1991. Clifford J. Rogers (Ed.), *The military revolution: Readings on the military transformation of Early Modern Europe*, Oxford, 1995. M. Duffy, *The military revolution and the State, 1500-1800*, Exeter-Londres, 1980. B.M. Downing, *The military revolution and political change. Origins of Democracy and Autocracy in Early Modern Europe*, Princeton, 1992.

² Véase J.R. Hale, "Printing and Military Culture of Renaissance Venice", en *Renaissance War Studies*, Londres, 1983, pp. 440-441. J. Hale cita las intenciones de T. Porcacchi a la hora de lanzar en su

los modernos soldados y la lectura de algunas obras sería indispensable. El prestigio de los antiguos era tan grande que, cuando un admirador del famoso ingeniero de Luis XIV Vauban quiso halagarlo, le definió como un “romano que parece trasladado desde los más felices días de la República al siglo de Luis XIV”.³

Deberíamos tener presentes las *Historias* de Herodoto;⁴ sobre todo a Tucídides y su *De Bello Peloponesico*,⁵ en traducción de Diego Gracián de Alderete e impresión salmantina de Juan de Cánova (1564) -el título exacto es muy significativo: *Historia de Thucydides. Que trata de las guerras entre los Peloponesos y los Athenienses. La qual allende las grandes y notables hazañas por mar y por tierra... está llena de oraciones y razonamientos prudentes y avisados a propósito de paz y de guerra...*-. El *De bello judaico* del historiador judío Flavio Josefo⁶ que, aunque escrito originariamente en griego, se difundió en latín. Hubo dos traducciones castellanas de A. Fernández de Palencia y de Juan Martín Cordero. La *Anábasis de Alejandro* de Lucio Flavio Arriano,⁷ historiador de la época imperial, era una obra conocida desde inicios del siglo XV en su versión latina gracias a la labor de Vergerio. Las *Vidas paralelas* de Plutarco ya contaron con una primera edición sevillana de 1491 y se reeditaron en diversas ocasiones, así como sus tratados morales.⁸ Historiador de ascendencia helé-

Collana Historica una serie de traducciones de clásicos: “Deve principalmente avvertire di tutte l’operazioni che si leggono nell’historie i qual sia maggiore, et di piu importanza: et essendo senza dubbio la guerra, perche da esa dependono gli stati et gli imperi, ha de considerare il giudicioso lettore, in che modo sono stato da gli antichi maneggiati le guerre, et paragonate con le moderne, valersi a tempo”.

³ Citado en H. Guerlac, “Vauban: el impacto de la ciencia en la guerra”, en P. Paret (ed.), *Creadores de la estrategia moderna*, Madrid, 1992, p. 85.

⁴ Herodoto tuvo veinticuatro traducciones europeas entre los siglos XIV-XVII. Véase VV.AA., *L’Europe des Humanistes (XIVe.-XVIIe siècles)*, París, 1995.

⁵ Tucídides contó con treinta y cuatro traductores de sus obras. Véase, *L’Europe des Humanistes...* La primera edición impresa la realizó A. Manucio, Venecia, 1502. La edición de Basilea de 1540 incluía la traducción latina de Lorenzo Valla de 1452, al igual que la edición parisina de 1564, reimpressa en 1588.

⁶ Flavio Josefo contó con treinta traducciones de su obra en estos años. Véase, *L’Europe des Humanistes...* Las impresiones hispánicas, en latín o en castellano, fueron: *De bello judayco*, (Sevilla, M. Ungut y L. Palono, 1492, Fol.). Las traducciones fueron de Alonso de Palencia (Sevilla, Cromberger, 1532 y 1536, ambas en folio, y Amberes, M. Nucio, 1551, 8º), así como la de Juan Martín Cordero (Amberes, M. Nucio, 1557, 8º, reeditada en Perpiñán, B. Mas, 1608, 8º, en Madrid, J. de la Cuesta, 1616, 8º y, de nuevo, en la Corte por G. Rodríguez, 1657, 4º).

⁷ Arriano contó con veinte traducciones europeas. Véase, *L’Europe des Humanistes...*

⁸ Plutarco fue una de los autores de mayor éxito; las 162 traducciones de su obra en toda Europa así lo atestiguan. Véase, *L’Europe des Humanistes...* Francisco Enzinas lo tradujo al castellano y publicó su traslación en Estrasburgo (A. Frisio, 1551) y Colonia (A. Byremann, 1562). L. Fenollet tradujo *La vida de Alexandre* de Plutarco y se publicó en Barcelona en 1481. Jacques Amyot lo tradujo al francés en 1559, siendo muy apreciado por Montaigne. Para G. Livet, las *Vidas paralelas* sirvieron como manual de educación política, militar y moral de la nobleza. G. Livet, *Guerre et paix de Machiavel a Hobbes*, París, 1972, p. 19.

nica, Apiano Alejandrino⁹ destacó en la época imperial con su *Historia de las Guerras civiles que [h]uvo entre los romanos*, tan sólo una parte de los veinticuatro libros que componían originalmente su *Historia romana*. Julio César no podía faltar con sus *Comentarii Rerum Gestarum*, impreso en Roma en fecha temprana: 1469.¹⁰ El *Gestorum Romanorum Epitome* de Floro¹¹ era un panegírico del poder romano realizado a partir del texto de Tito Livio. Las *Décadas* de éste último fueron traducidas e impresas en Colonia por A. Byrcmann en 1553, obra que el impresor dedicó a Felipe II. Existe una edición barcelonesa por Claudio Bornat en 1557.¹² Tampoco se debe olvidar la *Historia Romana* de Dión Casio (Lyon, G. Rovillium, 1559),¹³ ni a Quinto Curcio Rufo que alcanzó notable fama con su *De la vida y acciones de Alexandro el Grande*¹⁴ y mucho menos la *Guerra yugurtina* de Salustio.¹⁵ Finalmente, cabría mencionar los comentarios que de Polibio hiciera Justo Lipsio (Joost Lips, 1547-1606) en *De militia romana* (Amberes, 1596 y 1598), de éxito extraordinario tanto entre protestantes como católicos.

Tucídides, Jenofonte y Onosandro Platónico

La *Historia de la Guerra del Peloponeso* de Tucídides señala una serie de actitudes hacia la guerra que no sólo serán repetidas por los autores de la época romana,

⁹ Apiano Alejandrino tuvo veintidós traducciones europeas. Véase, *L'Europe des Humanistes...* En castellano apareció traducido por el capitán Diego de Salazar (Alcalá, M. de Eguía, 1536, Fol.), una edición dedicada al marqués de Berlanga. En 1592, y dedicada a Felipe II, apareció la traducción de Jaume Bartolomé (Barcelona, Cormellas, 1592).

¹⁰ César contó con sesenta y dos ediciones europeas. Véase, *L'Europe des Humanistes...* En la Península hemos encontrado las siguientes: *Commentariorum de bello gallico* (J. Burgiensis, 1491); Fr. Diego López de Toledo tradujo los comentarios y se imprimieron en Toledo (P. Llagembach, 1498). Posteriormente aparecería impreso en Alcalá, M. de Eguía, 1529; París, 1549 y Madrid, Vda. de A. Martín, 1621 A. Palau comenta que se cita una traducción de P. García de Olivan impresa en Toledo (1570) y, por último, Carlos Bonières, barón de Auchy, publicó en Varsovia (P. Elert, 1647) su personal versión de la obra de César.

¹¹ Floro tuvo 29 traducciones en Europa. Véase, *L'Europe des Humanistes...* La castellana se debe a Francisco de Enzinas, publicada hacia mediados del siglo XVI (s.l., s.f., Fol.) y otra edición en Estrasburgo (A. Frisio, 1550).

¹² Tito Livio gozó de ochenta ediciones europeas estos años. Fue traducido o comentado por Antonio Agustín, Francisco de Enzinas, Juan Maldonado y J. Lorenzo Palmireno. Véase, *L'Europe des Humanistes...*

¹³ Dión Casio gozó de veinte traducciones europeas. Véase, *L'Europe des Humanistes...*

¹⁴ La primera traducción en romance de Quinto Curcio se debió a Luis de Fenollet, al catalán, publicando su trabajo en Barcelona (P. Posa y P. Bru, 1481); sucesivas ediciones fueron impresas en Sevilla, 1496, 1518, 1534 (Cromberger) en traducción castellana de G. de Castañeda, así como una traducción de finales del siglo XVII de Matheo Ibáñez (Madrid, 1699).

¹⁵ Hubo una edición latina de sus obras en Valencia (1475) y traducciones castellanas de Francisco Vidal (Valladolid, Juan de Burgos, 1500; Valladolid, Arnao Guillén, 1519; Logroño, 1529, Medina del Campo, Pedro de Castro, 1548 y Amberes, 1554) y de Manuel Sueyro, (Amberes, J. Keerbregghio, 1615 y Madrid, 1632). También fue traducido o comentado por Antonio Agustín, Pedro Chacón y Jerónimo de Zurita. En el resto de Europa tuvo hasta sesenta y seis ediciones. Véase, *L'Europe des Humanistes...*

sino también asumidas por los tratadistas europeos a partir del Renacimiento. La idea de que la guerra, al prolongarse, hace fracasar todas las previsiones hechas y, por lo tanto, entra en el terreno de lo imprevisible la encontramos en un discurso de los atenienses en una de las asambleas cuyo fracaso allanaría el camino de la guerra. La respuesta del rey espartano Arquidamo muestra cómo los veteranos de otras guerras no la desean porque no la ven con los mismos ojos que los inexpertos. La idea de Vegetio “*Inexpertis enim dulci est pugna*”,¹⁶ que tanta fortuna adquiriera en palabras de Erasmo -“*dulce bellum inexpertis*”, ya la formuló Tucídides. Ahora bien, Arquidamo introduce un factor interesante: la guerra puede ser positiva si es breve; el problema, como se ha dicho, es que por factores imprevisibles se alargue. Y continúa: “...la guerra no se sostiene más con las armas que con el presupuesto, gracias al cual las armas son útiles...” (Lib. I, pp. 103-106). Otro precedente del famoso *pecunia nervus belli*. Así, a la hora de planificar una guerra, será siempre preferente calibrar el estado del tesoro antes que reparar en los hombres, sobre todo en los generales, de los que disponemos y la potencialidad bélica del contrario. Poco más adelante del libro I, los lacedemonios dirán a sus aliados que, llegado el momento de ir a la guerra, tienen una serie de ventajas: “...les superamos en número y en experiencia militar y además todos sin distinción cumplimos las órdenes...”; en segundo lugar, se podría mediante el dinero atraer a los marineros mercenarios de la flota ateniense... Aquí ya se observa la ventaja que para Esparta y sus aliados podía representar el contar como principal fuerza con sus propios soldados, que ven incrementada su pericia militar gracias a la experiencia. Y de nuevo se recuerda que “La guerra en modo alguno va por cauces predeterminados, sino que ella de por sí da pie a múltiples estrategias de acuerdo con las circunstancias...” (Lib. I, pp. 132-133) Una idea que, como veremos, reaparece en Plutarco y Polibio, es mencionada por Pericles en uno de sus discursos: una vez entrado en guerra, “Estoy más lleno de temor por los errores propios que por los planes del enemigo...” (Lib. I, p. 152).

En el libro II repetirá que la Guerra del Peloponeso -como la de 1914- se inicia con energía y ahínco por concurrir a ella gente joven que “...con gusto, por carecer de experiencia, estaba dispuesta a ir a la guerra”. (Lib. II, p. 160) Cuando se inician las invasiones del Ática, Arquidamo de Esparta aconseja -y recuerda- a sus tropas: “...id por donde se os guíe, con especial celo de la disciplina y la cautela y acatando las órdenes con exactitud, porque eso es lo más hermoso y seguro, que con ser muchos nos mostraremos sujetos a una sola disciplina”. (Lib. II, p. 163) Sería demasiado pro-

¹⁶ *Epítome rei militaris*, Lib. III, Capt. XII, “No te fíes demasiado si los soldados bisoños desean el combate; pues, a los que no la conocen, la lucha les resulta atractiva”. Véase la traducción del *Epítome rei militaris* de M^a Teresa Calleja, tesis doctoral, Universidad Complutense, Madrid, 1982.

lijo comentar todas las enseñanzas que se desprenden de la lectura de la obra de Tucídides, pero, no obstante, habría que señalar dos cosas. En primer lugar, hay que reparar en que la infantería pesada espartana (hoplitas), como si fuesen analógicamente caballeros medievales, rechazaban las tropas ligeras, los arqueros y la caballería ligera de la época, puesto que la gran virtud era el combate cuerpo a cuerpo. Como los atenienses, y es el segundo punto, usaron a estas últimas tropas con buen provecho, finalmente los lacedemonios también asumieron que debían cambiar su forma de hacer la guerra si querían vencer. Por un lado, el lector europeo de los siglos XVI y XVII, especialmente si era noble, no podía reaccionar con indiferencia ante el valor y otras cualidades personales ya sean del general o de toda una élite militar, como los hoplitas espartanos. Y, por otro lado, los cambios en la guerra, aunque sean generados por el enemigo, hay que asumirlos, y si es posible mejorarlos, lo antes posible.¹⁷ Ahora bien, una de las enseñanzas de Tucídides sería pasada por alto por los tratadistas militares, aunque los soldados la tendrán muy presente: la ventaja en la batalla será de quien disponga del mayor número de hombres bien adiestrados. Los tratadistas militares, a partir del *Dell'arte della guerra* (Florencia, 1521) de N. Maquiavelo, pensarán que eran más apropiados para la guerra los pequeños ejércitos bien disciplinados, que las masas ingentes pero indisciplinadas de hombres. Pequeños ejércitos más fáciles de dirigir y maniobrar y más baratos de mantener. Si bien era esta una lectura muy parcial del pasado, puesto que los romanos contarán con numerosos y disciplinados ejércitos. Pero, en definitiva, en las batallas de la Época Moderna continuaron venciendo con bastante regularidad quienes disponían de mayor número de tropas.¹⁸

Diego Gracián¹⁹ tradujo las obras de Jenofonte (Salamanca, Juan de Junta, 1552), un volumen en tamaño folio que incluía, entre otras obras menores, la *Historia de Ciro* -en ocho libros- donde se explicaban las cualidades del perfecto príncipe y el mejor género de gobierno; y le seguía la *Anábasis*, “donde se muestra claramente que vale más la disciplina y prudencia de los capitanes y la virtud y el esfuerzo de pocos soldados, que no la multitud de huestes de los enemigos”. En la dedicatoria al futuro Felipe II, D. Gracián, hombre de letras al fin y al cabo, opinaba que “...aunque esta orden y manera antigua de guerrear no conviene, ni concuerda del todo con la disciplina militar de nuestro tiempo, todavía es cosa agradable y apazible conferir y comparar aquella muy antigua con la nuestra”.²⁰ Para el traductor, la *Historia* sirve para

¹⁷ Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, Cátedra, Madrid, 1994.

¹⁸ Véase George Raudzens, “In Search of Better Quantification for War History: Numerical Superiority and Casualty Rates in Early Modern Europe”, en *War and Society*, Vol. 15/1, mayo 1997, pp. 1-30.

¹⁹ Sobre D. Gracián véase M. Menéndez Pelayo, *Biblioteca de traductores españoles*, Vol. II, Madrid, CSIC, 1952, pp. 177-191.

²⁰ Aspecto magistralmente desarrollado por José Antonio Maravall en *Antiguos y modernos*, Madrid, 1998, especialmente pp. 535-550.

deleitar, aunque el príncipe siempre debe tener tiempo para enmendar lo corregible con el conocimiento y el ejemplo de los clásicos.

La Historia del rey Ciro arranca con las características del gobierno y las costumbres persas sobre el ejercicio militar, la caza, los ejercicios físicos, las armas, etc. Trata como gran virtud la prevención que debe tener el buen capitán en materia de guerra, especialmente cuando ya tiene al ejército en campaña: el saber elegir el sitio para acampar, controlar las tropas, impedir la ociosidad, etc., todos temas recurrentes en la tratadística militar hispana y europea del momento. Los ardidés en la guerra son importantes, aprovechando siempre un descuido del enemigo; ello hará que nosotros no nos dejemos atrapar y nos obligará a tener siempre cuidado. La práctica de la caza es útil no sólo por el ejercicio físico, sino también porque nos obliga a planificar el ataque, a emplear ardidés..., en definitiva, a usar la inteligencia.

El libro segundo comenta la forma de organizar el ejército, pero cabe destacar el tipo de contacto que se debe mantener con los capitanes: hay que conocerlos y hay que saber hablarles para que todo el ejército funcione al unísono. Las arengas cumplen tal función, pero también el ejercitar a toda la milicia formada. En el libro sexto, con Ciro en campaña, se nos explica la importancia de conocer los lugares por donde se transita, siendo provechoso contar con la información de los naturales; también es positivo adelantarse al enemigo para ordenar nuestro ejército, pero de tal forma que, posteriormente, no halla que moverlo, lo cual siempre altera a los hombres. En el libro séptimo se razona, una vez alcanzada la victoria, que "...de la ciencia del arte militar de la guerra y del ejercicio della siempre nos devemos guardar de no hazer participantes a aquellos que queremos tener y poseer por nuestros obreros y tributarios, sino que a éstos os hemos de exceder en estos tales ejercicios, y valer más que no ellos. Sabiendo y conociendo que Dios mostró a los hombres estos instrumentos de libertad y felicidad". (Fol. 83)

En la *Anábasis*,²¹ como se sabe, relata Jenofonte la lucha entre el emperador persa Artajerjes y su hermano Ciro, quien había contratado diez mil mercenarios griegos, sin empleo tras el final de la Guerra del Peloponeso, para que lo ayudasen en su lucha. La derrota de éste último en la batalla de Cunaxa y la posterior retirada de los mercenarios griegos -un grupo disciplinado, prudente, ejercitado en las diversas formaciones del escuadrón, valeroso cuando era necesario y de número reducido de efectivos, la principal lección que transmite la obra al lector de la Época Moderna- completan el libro.

También tradujo D. Gracián de Alderete, igualmente dedicada a Felipe II, su *De Re militari. Onosandro Platónico de las calidades y partes que ha de tener un Exce-*

²¹ Utilizo la traducción moderna de Ángel Sánchez-Rivero, Planeta, Barcelona, 1993.

lente Capitán General y de su oficio y cargo. César renovado, que son las observaciones militares, avisos y ardidés de guerra que usó César. Disciplina militar y instrucción de los hechos y cosas de guerra de Langay (G. du Bellay) (Barcelona, C. Bornat, 1566). El tratado clásico de Onosandro Platónico, que ocupa apenas 31 folios, es un texto muy conciso, escrito con un estilo muy llano y sencillo, que, sin utilizar ejemplos, versa sobre los temas fundamentales: cómo elegir los jefes y los soldados, qué cualidades han de poseer, cómo se marcha, cómo preparar la batalla, etc.²² El segundo tratado, *César renovado* -otra treintena de folios- son un conjunto de sesenta advertencias, enseñanzas o ardidés empleados por Julio César a lo largo de su carrera, ilustrados todos ellos con un ejemplo práctico recogido de la experiencia directa de César. Como es norma, se alaban los soldados experimentados -el entrenamiento constante es una de las virtudes que se intentará introducir en los ejércitos de la época moderna- y las cualidades intrínsecas de los oficiales.

César confiaba mucho más en las fuerzas propias y no tanto en la de los mercenarios; dicha idea, tan cara a N. Maquiavelo, también la encontramos en Guillaume du Bellay en los tres libros que componen sus *Instructions sur le fait de la guerre* (París, 1548)²³ -una recopilación del saber militar de Polibio, Frontino, Vegetio, A. Cornazano y N. Maquiavelo- el tercero de los tratados traducidos por D. Gracián. Otros autores, como el hispano D. de Salazar, argumentaron en su momento, por influencia asimismo de Vegetio y de N. Maquiavelo, sobre las bondades de un ejército “nacional”, formado por súbditos del príncipe: “...no se puede usar más provechosa milicia que la de sus propios súbditos”, dirá D. de Salazar.²⁴ G. Botero también analizó el tema: los príncipes independientes han de basar dicha independencia en las fuerzas propias y no en la milicia extranjera, porque ésta siempre velará antes por sus intereses que por los del príncipe, puede ser comprada por el enemigo, no estar disponible cuando más falta hace o, sencillamente, ser reclamada por su propia patria. Pero además, “...no está fuera de lugar considerar que, siendo esta gente mercenaria y de poca monta, venden, a guisa de mercaderes o de tenderos de mala fe, su servicio lleno de la infinita tara de miles de pagas de soldados muertos o inexistentes, o inútiles, por ser de poco valor y mal acondicionados”. Por no hablar del peligro siempre acechante del motín si se atrasan las pagas. La conclusión es que “el príncipe adiestre a sus súbditos

²² Existe otra traslación en castellano de Onosandro Platónico: *Del perfecto Capitán General a Quinto Veranio Romano*, en traducción de T. Rebolledo (Nápoles, E. Luengo, 1625).

²³ Otras ediciones, que demuestran el éxito de la obra: París, M. Vascosan, 1549 y 1533 y con el título de *Discipline militaire* (Lyon, B. Rigaud, 1592).

²⁴ J.A. Maravall, *Estado moderno y mentalidad social*, Madrid, 1972, Vol. II, pp. 551-552. Vegetio, en el libro I, capítulo XXVIII, de su obra dice: “...está claro que cuesta menos instruir en las armas a los soldados propios que tomar otros a sueldo”. Traducción del *Epítome rei militaris* de M^a Teresa Calleja, tesis doctoral, Universidad Complutense, Madrid, 1982, p. 166.

en las armas de manera que sus fuerzas sean las esenciales, y las extranjeras las accesorias”, sin descuidarse de imbuirles una disciplina severa, pero tampoco de las pagas a su debido tiempo²⁵.

Como es norma en los autores del momento, G. du Bellay reproduce las cualidades que han de poseer los soldados, la edad más adecuada -de 17 a 35 años-, cómo armarlos, cómo organizar los escuadrones y los campamentos, extraídas de Onosandro Platónico y, sobre todo, de Vegecio. Su influencia es tan grande que, Du Bellay, continúa hablando en pleno siglo XVI de legiones y de cómo organizarlas en un campo de batalla, con algunos grabados ilustrativos.

El segundo tratado comienza con la exposición de los diversos modos de ordenar un batallón, o que hay que hacer antes y después de la batalla. Alaba especialmente Du Bellay la sobriedad en campaña de turcos y escoceses -los únicos que se parecen al respecto a los infantes de Vegecio-, quienes sin apenas provisiones y con sólo agua, y no vino como sus compatriotas, son capaces de marchar por territorio enemigo durante mucho tiempo y sin llevar un gran equipaje.²⁶ Du Bellay critica la comodidad de los soldados franceses, más preocupados de la buena vida que de la campaña. Ahora bien, pensamos que dicha postura no hace sino esconder el desconcierto de muchos tratadistas por los enormes problemas de la logística en aquella época. En lugar de organizar mejor los ejércitos, en una época en la que la administración de la guerra y la burocracia estatal eran incipientes, parecía más fácil cambiar las costumbres del soldado.

Alejandro Magno

Abundando en la figura del gran hombre de armas, Plutarco, en su comentario de la vida de Alejandro III Magno nos lo presenta como un guerrero ilustrado gracias a la influencia de Aristóteles, “...y como tuviese a la *Ilíada* por guía de la doctrina militar, tomó corregida de mano de Aristóteles la copia que se llamaba *La Ilíada de la caja*, la que con la espada ponía siempre debajo de la cabecera...” Pero también como un hombre, un general, que tomaba las decisiones oportunas en el momento preciso pesara a

²⁵ G. Botero, *Della ragion di Stato* (Venecia, 1589). Véase la edición de L. de Stefano y M. García-Pelayo: *La razón de estado y otros escritos*, Caracas, 1962, p. 169-171.

²⁶ M. López Bravo, en su *De rege et regendi ratione* (Madrid, 1616), continuaba hablando de la renovación del espíritu militar de los antiguos que pasaba inexorablemente por eliminar del ejército los lujos y los gastos excesivos. “Da vergüenza reconocer que la austeridad del ejército turco está increpando duramente al nuestro, aunque hago una excepción con los soldados acostumbrados a la guerra de Bélgica”. H. Mechoulan, *Mateo López Bravo. Un socialista español del siglo XVII*, Madrid, 1977, p. 262-263.

quien pesase. Ante la invasión de la India ordenó quemar los carros con el botín de guerra porque ralentizaban la marcha del ejército. Y para dar ejemplo, destruyó primero los suyos y los de sus amigos. En las luchas contra los príncipes indios, Alejandro demuestra cómo la presencia de ánimo y el valor son útiles para forzar al tímido o indeciso a aceptar su derrota y sumisión sin derramamiento masivo de sangre. De la misma forma, se demuestra la ventaja de hacer una buena paz y no abusar del vencido.²⁷ De César se puede destacar cómo sus hombres rendían hasta el infinito por la admiración sentida por un general que no dudaba en recompensarlos en la medida de sus trabajos y que no regateaba esfuerzos personales en campaña. Otra ventaja de César era saber sacar partido de todos los accidentes de la guerra, tomando la decisión precisa en cada caso. Cosa que no ocurrió con su opositor Pompeyo. En un momento dado, tras un ataque de éste último al campamento de César, que no culminó cuando tenía todos los triunfos en la mano, César comenta: “Hoy la victoria era de los contrarios si hubieran tenido quien supiera ganar”.²⁸ También destaca Plutarco la formación militar de un general megapolitano como Filopemen, que desde la infancia no sólo se interesó por las enseñanzas militares, sino también por acostumbrar su cuerpo a una dura disciplina. Su formación la logró estudiando los libros de táctica de Evangelo y la vida de Alejandro, así como ejercitándose en la milicia “...por largo tiempo al lado de varones amaestrados e instruidos en todos los ramos de la guerra y además moderados y sobrios en su método de vida...”²⁹

De la vida y acciones de Alexandro el Grande de Quinto Curcio (Madrid, herederos de A. Román, 1699) fue traducido por Mateo Ibáñez de Segovia y Orellana, marqués de Corpa, dedicándolo a Carlos II y al duque del Infantado y Pastrana. Ibáñez de Segovia se acoge a la benignidad del lector por cuanto en su época ya son muy pocos quienes tienen interés por las letras, si bien Justo Lipsio había recomendado la lectura de la obra de Q. Curcio para los príncipes por la claridad de sus enseñanzas.

Alejandro Magno consideraba a las obras de Homero “Su Arte Militar, y la mejor provisión que podía hazer para la guerra”. De Agamenón quería imitar el hecho de ser tan diestro soldado como inteligente capitán. Pero, ¿hasta qué punto se podía considerar a Alejandro Magno como un general prudente? El historiador francés Rapin (P. de Rapin Thoyras 1661-1725), citado ampliamente en este trabajo de Ibáñez de Segovia, se planteó que Quinto Curcio siempre presenta al macedonio eligiendo la acción más heroica y arriesgada y, por lo tanto, la menos prudente. El peligro parece acompañar siempre al personaje. No persigue las conquistas por sí mismas, como

²⁷ Plutarco, *Vidas paralelas. Alejandro y César*, Madrid, Espasa-Calpe, 1967, pp. 15, 64-66, 67.

²⁸ Plutarco, *Vidas paralelas. Alejandro y César*, pp. 95-96, 105, 117.

²⁹ Plutarco, *Vidas paralelas. Filopemen-Tito Qincio Flaminio*, Espasa-Calpe, Madrid, 1949, pp. 94-99.

engrandecimiento de sus estados, o como medio de acabar con el enemigo, sino únicamente para incrementar su prestigio. Por ejemplo, se dice que atacó a los Getas “A cuya empresa le movió, no tanto el interés de la guerra, quanto el deseo de la gloria...” (p. 33), sobre todo porque debía atravesar un río con el enemigo esperando en formación de batalla en la otra orilla, operación militar siempre peligrosa. Volviendo al historiador francés, éste se queja que si bien el emperador persa Darío tenía un ejército que doblaba las fuerzas griegas, Alejandro no quiso atacar de noche por sorpresa, con la correspondiente ventaja, sino de día porque si vencía, la gloria sería mayor, si moría, como lo había hecho ante ejército superior en número, la gloria también estaba asegurada y, en cualquier caso, no quiso utilizar un ardid, una estratagema o la astucia, en definitiva. De todas formas, Alejandro ofrece numerosos ejemplos de astucia y valentía, o resolución, si bien pocos de prudencia, tan alabada por todos los autores. Cuando Darío le ofrece, a través del casamiento con una de sus hijas, la mitad de su reino asiático sin lucha, Alejandro rechaza esa posibilidad, esperando lograr la conquista de toda Asia mediante las armas. Rapin no puede por menos que exclamar: “¿Pero en medio de tanta gloria, no falta algo de razonable en ella? ¿No hace a su héroe más atrevido que prudente, más arriesgado que ambicioso?”

Enseñanzas de la obra de Quinto Curcio son la importancia del uso de la arenga para movilizar a los hombres; la seguridad que tenía Alejandro en la falange macedonia, es decir, en el escuadrón bien formado trasladado a los siglos XVI y XVII, por encima de la superioridad numérica que pudiera tener el enemigo en el campo de batalla -se observa en la advertencia del ateniense Caridemo a Darío (pp. 87-89)- y, sobre todo, la ventaja de que el príncipe concurría al frente de sus tropas: “Que a esto se les llegaban las crecidas ventajas, que para la vitoria les dava la presencia de su rey, à cuya vista son doblados los alientos con que animados de la esperança, è inflamados del honor, y de la gloria combaten los soldados, de cuyos poderosos impulsos se hallavan destituidos los persas sin la asistencia de Darío” (p. 55). Pero no es menos cierto que Alejandro sabía tratar a sus hombres, sabía reconfortarlos, tanto si habían muerto -con funerales apropiados y recompensas para sus parientes vivos-, como si habían sobrevivido -con los despojos del enemigo-, preocupándose del bienestar especialmente de los heridos. Por otro lado, si nos presentamos en el campo de batalla con inferioridad numérica, debemos maniobrar de forma que el terreno impida desplegar al enemigo todos sus hombres, así nuestra superior calidad nos da automáticamente la ventaja necesaria para vencer (p. 96). Por ello es muy útil describir cómo se formaban para dar la batalla en los diversos encuentros ambos ejércitos y anotar las enseñanzas oportunas (pp. 102-105). Pero, como hemos visto, a menudo Alejandro Magno hubo de tomar decisiones discutibles, pues para él, viendo el desmayo de sus tropas ante un enemigo tan superior, era preferible buscar la fortuna en el combate que no actuar pru-

dentamente. Era más factible llegado a aquel extremo continuar adelante como fuese, que no retroceder: o se vencía o se moría. Ahora bien, dicha situación no era fruto del azar de la guerra, sino de la forma de actuar del general macedonio. En tesituras como aquella, sólo el valor era capaz de conseguir que se saliese bien librado de las mismas. Pero eran poco recomendables. De todas formas, si bien el propio Aristóteles afirmaba que el interés de la Historia estaba en que permitía conocer situaciones que se repetirían, dándonos por ello ventaja su conocimiento, lo cierto es que las campañas del macedonio fueron tan irrepetibles que, más que enseñar, tenemos la impresión que hicieron soñar, como si de una novela de caballerías se tratase, a sus lectores de la Época Moderna.

Polibio, Tácito y Flavio Josefo

Polibio fue un excelente comentador de las causas de los conflictos -como Tucídides-, de la organización de los ejércitos y del esfuerzo de guerra en sus *Historias*. Cuando analiza las operaciones de Aníbal en España, antes de su ataque transalpino, el lector puede destacar rasgos del gran general, como su magnanimidad con los vencidos y su generosidad con sus hombres, consiguiendo la simpatía de éstos e infundirles esperanzas de victoria, es decir, moral. Un ejemplo preclaro es la toma de Sagunto, en la que Aníbal se arriesgó como el que más -como también haría César-, repartió un buen botín entre sus tropas, envió otro tanto a Cartago y reservó para sí mismo lo necesario para sacar adelante sus planes. El resultado fue doble: unas tropas fieles y sufridas y un estado entregado al general. Cuando se propuso la invasión de Italia, Aníbal licenció parte de sus tropas, que marcharon a Cartago o quedaron en España, de modo que tanto en uno como en otro lugar tendría partidarios, y se puso al frente de un ejército "...que no era tan grande como útil y magníficamente entrenado por la continuidad de sus combates en España". La pericia del general se demostraba tanto anulando a posibles enemigos, como ganando adeptos entre los pueblos de los territorios por donde se viaja. Asimismo, el buen general sabe sacar provecho tanto de los terrenos donde se halla para trabar combate con todas las ventajas posibles, como de la particularidades para hacer la guerra de sus tropas y del ejército enemigo. La psicología se usará a través de las arengas. Aníbal exhortará a sus hombres recordando sus éxitos pasados, recalcando que siempre cumplieron sus órdenes, de modo que en el futuro no deberían traicionar la confianza que tenía depositada en ellos. El resto del libro III se ocupa de la extraordinaria expedición de Aníbal por Italia con la planificación de cada una de las batallas -Tesino, Trebia, Trasimeno y Cannas- y sus consecuencias, pero también la política romana para deshacerse de tamaño enemigo. En el

libro sexto de las *Historias*, no sólo comenta la constitución romana, sino el principal instrumento del poder romano: sus instituciones militares. Polibio describe la organización de las legiones, con las diferencias entre los soldados y sus armas; las características del campamento romano; los servicios de guardia y el levantamiento del campamento y la marcha de las tropas, así como los sueldos y recompensas que recibían los *milites*. En el libro VIII, Polibio señala que las grandes empresas no se sostienen sólo con la esperanza, sino también con tropas y medios. Lo cual siempre lleva a inferir que hay que asegurar éstos antes de emprender cualquier acción. En el libro IX tratará sobre estrategia militar: “Las condiciones de una planificación militar precisan de gran atención. Sólo es posible llegar al objetivo, en todo caso, si se realiza con inteligencia lo que uno se propone. Es fácil para cualquiera comprender por los hechos del pasado que el resultado de las acciones bélicas que se realizan a la vista y por la fuerza es inferior al de aquéllas que se hacen con engaño y en la ocasión adecuada. Tampoco es difícil conocer por lo sucedido que en las operaciones que se hacen en el momento debido los fracasos son menores que los éxitos. Y ciertamente, nadie negará que la mayor parte de los fallos se deben a la ignorancia o a la negligencia de los jefes”.

Para Polibio, el buen general no debe descuidar ninguno de los aspectos que le llevarán a la victoria, porque ésta llegará sólo con el concurso de todos y cada uno de ellos, pero bastará la ausencia de uno para que se produzca el fracaso. El general deberá mantener en secreto sus planes; tendrá un buen conocimiento del espacio y del tiempo, para saber moverse por el territorio y aprovechar tanto el día como la noche para marchar y levantar los campamentos -por ello aconseja el autor conocimientos de astrología y geometría-; sabrá seleccionar a los hombres adecuados para cada acción, debiendo aprender todo ello gracias a la práctica o a través de la investigación y el estudio. El propio Polibio se remite a su tratado sobre la táctica.³⁰

La lectura de estas obras, especialmente Polibio por los militares de la familia Nassau-Orange a partir del trabajo de Justo Lipsio, obedecía a la necesidad de mejorar la disciplina y el adiestramiento de los ejércitos europeos en general de esta época, la importancia de contar con una élite militar profesionalizada y dispuesta al combate en todo momento -como los jenízaros turcos, que por ello se admiraban tanto-, los problemas de logística y de transmisión de las órdenes, que parecían mejor resueltos por los romanos y, sobre todo, cómo reclutar un ejército entre los ciudadanos³¹ y

³⁰ Polibio, *Selección de Historias*, Edición de C. Rodríguez Alonso, Akal, Madrid, 1986, especialmente pp. 52, 55, 71, 74, 77, 81-82, 92-118, 139-154, 174-194, 225-229.

³¹ Véase, A. Momigliano, “Polibio entre ingleses y turcos”, en *La historiografía griega*, Barcelona, 1984, pp. 250 y ss. Según A. Momigliano, los turcos tenían buena fama porque se les consideraba imitadores de la disciplina militar de los antiguos. De hecho, Mario Savorgnano en su *Arte militare terrestre e marittima secondo la ragione et uso de' più valorosi capitani antichi e moderni...* (Venecia, S. Combi, 1595), examinaba el arte militar turco junto con el de griegos y romanos.

lograr que la profesión militar volviera a ser una ocupación honorable. Y, al parecer, los autores de la Antigüedad tenían respuestas para todo ello. Ahora bien, no todo el mundo está de acuerdo. El historiador holandés Cornelis Schulten considera a Mauricio de Nassau, más que un innovador, un adaptador de la táctica francesa del siglo XVI. Es más, piensa que tanto M. de Nassau, como los soldados de su tiempo, no miraban al pasado en busca de conocimientos militares, sino para hallar un referente culto, de prestigio, para sus afirmaciones. A Mauricio de Nassau lo que le interesaba era la evolución de la guerra en el presente.³² En la misma línea de pensamiento se sitúa Donald A. Neill, para quien los cambios en los ejércitos europeos de fines del Seiscientos y de la primera mitad del Setecientos fue un producto de la normal evolución adaptativa de los mismos a nuevas circunstancias -entre otras, los cambios en el armamento- y no el resultado del redescubrimiento del genio militar de los antiguos.³³ La trayectoria de un militar tan competente como el príncipe Raimondo Montecuccoli parece darles la razón. Conocedor de Polibio a través de Justo Lipsio, en una de sus obras renombradas, *Della guerra col Turco in Ungheria* (1670) (o *Aforismi dell'arte bellica*), citaba R. Montecuccoli como sus fuentes de conocimiento a quince autores de la Antigüedad -Eneas el Táctico, Herodoto, Tucídides, Jenofonte, César, Eliano, Frontino, Polibio y Vegecio, entre otros-, a cinco autores medievales y del Renacimiento y a veintidós autores modernos -entre ellos G. Basta, L. Melzo, Henri de Rohan y F. de la Noue-, pero era el primero en aconsejar que el buen oficial aprendiese su oficio en el campo de batalla.³⁴ El mejor conocedor de R. Montecuccoli, R. Luraghi, piensa que éste formó su pensamiento militar gracias a su larga experiencia en los campos de batalla y en el conocimiento y análisis del arte de la guerra de los grandes generales con los que sirvió o que conoció: su principal "maestro" no fue el rey Gustavo II Adolfo de Suecia, sino el general imperial Tilly, con el que aprendió la necesidad de la disciplina, la severidad con las tropas pero dando ejemplo con uno mismo, y la importancia de mantener buenas relaciones con la población civil; de Albrecht von Wallenstein asimiló la logística moderna, el arte de mantener los ejércitos y hacerlos desplazarse por el territorio. Por último, del rey de Suecia se apropió de la nueva táctica consistente en renovar la función de la caballería, intensificar el volumen de fuego -tanto con la artillería de campaña como con las armas de fuego portá-

³² C. Schulten, "Une nouvelle approche de Maurice de Nassau (1567-1625), en VV. AA., *Mélanges André Corvisier. Le soldat, la stratégie, la mort*, París, 1989, pp. 42-53.

³³ Donald A. Neill, "Ancestral voices: The Influence of the Ancients on the Military Thought of the Seventeenth and Eighteenth Centuries", en *The Journal of Military History*, N° 62, 1998, pp. 487-520.

³⁴ Sobre R. Montecuccoli, véase Gunther E. Rothenberg, "Maurice of Nassau, Gustavus Adolphus, Raimondo Montecuccoli, and the 'Military Revolution' of the Seventeenth Century", en P. Paret (ed.), *Makers of Modern Strategy*, Princeton, 1986, pp. 55-63.

tiles- e incrementar la cooperación entre las diferentes armas del ejército.³⁵ Ahora bien, una trayectoria como la de R. Montecucoli también nos señala una cosa: que fue excepcional.

No hay que olvidar la aportación del tacitismo hispano. Los *Aforismos al Tácito español* (Madrid, 1614) de Baltasar Alamos de Barrientos son una fuente importantísima para conocer, además de otros temas, las características militares de los ejércitos antiguos, y cabe plantearse si no fueron un sustituto de otras lecturas, como los clásicos César, Vegetio, Frontino u Onosandro Platónico, o bien un complemento de ellos, mientras aparecían nuevos tratados sobre el arte de la guerra. Con cerca de mil aforismos dedicados al tema, el trabajo de Alamos de Barrientos es una fuente casi inagotable de enseñanzas para todo tipo de situaciones. Destacan las virtudes que deben adornar al buen general en el ejercicio de su mando, sobre todo la prudencia, pero también el saber manejar a todo un ejército gracias al ejemplo: “El General para grangear fama de gran Capitán, ha de ser vehemente en la disciplina militar; marchar delante del escuadrón; ser quien escoja el lugar para su campo; proveer de día y de noche de lo necesario; y quando se ofreciere ocasión, saber pelear con los enemigos; no tener mucha cuenta con su comida; y diferenciarse poco en el vestido, y trato de su persona en los demás soldados” (*Historias*, II, af. 19, p. 713).

La experiencia del oficial era una de las claves: “No hay cosa, que más importe en las guerras, que la experiencia en los generales; para no perderse de ánimo en los malos sucessos dellas, aviéndolos ya visto otras vezes” (*Anales*, I, af. 395, p. 115), y las tropas deben adquirirla gracias al interés y la supervisión del general: “Los Generales de exércitos, aunque <h>aya paz, siempre deuen procurar el exercicio de su gente, como si huviera guerra, y estuviessen esperando el acometimiento del enemigo; y traçando cosas, que moviéndose guerra, les pueden ser de provecho: que con esto alcançarán el nombre, y opinión de grandes Capitanes, que pudieran grangear con muchas victorias” (*Anales*, XII, af. 57, p. 426).

Los defectos del oficial son siempre muy peligrosos teniendo en cuenta el terreno en el que nos movemos: “Los Capitanes nuevos que pretenden con su exército alcançar nombre, y honra extraordinaria, igualando en poco tiempo a los que muchos años: trabajan, y aventuran demasiado a los soldados; y son peligrosos para emplearlos en grandes empresas; y más de Príncipes de grandes, y antiguos señóros” (*Anales*, XI, af. 89, p. 400); y aún es más grave la elección por parte del general de sus favorecidos en lugar de los mejores candidatos para los cargos de oficial: “La milicia, en que el General por favorecer a sus dependientes sin experiencia, quita su lugar a los soldados viejos, brevemente se vendrá a estragar” (*Anales*, II, af. 278, p. 176).

³⁵ R. Luraghi, “Raimondo Montecucoli (1609-1680) et l’art de la guerre”, en VV.AA., *Mélanges André Corvisier. Le soldat, la stratégie, la mort*, París, 1989, pp. 106-117.

Alamos de Barrientos introduce otras consideraciones igualmente importantes. Del libro primero de los *Anales* (aforismos 473 y 474) extrae la idea de que los ejércitos deben ser mantenidos por rentas particulares, mientras que los soldados deberían servir obligatoriamente: “Quien pudiesse formar las compañías de sus soldados de gente sacada por elección, y no que ella se ofrezca de su voluntad, haría mejor: porque casi siempre los voluntarios son los más pobres, y viciosos” (*Anales*, IV, af. 35, p. 277). No deja de ser una contradicción que Alamos también pensara que “Si se considerasen los pequeños precios, porque se aventura la vida en la guerra; ninguno sería soldado” (*Anales*, II, af. 37, p. 138).

Alamos de Barrientos entresaca en uno de sus aforismos una situación que años más tarde se iba a producir en la Cataluña en revuelta contra Felipe IV: “Quando un ejército o comunidad se rebela por aborrecimiento del Príncipe presente, aunque lo haga con nombre de libertad, obedecerá como señor al primero que se le ofrezca por tal” (*Historia*, I, af. 315, p. 685). Cuando se carece de un ejército al estilo moderno, y de la posibilidad de tenerlo algún día, la única solución era buscarlo fuera, aunque Alamos también critica el uso de los mercenarios.

Finalmente, en otro orden de cosas, Alamos de Barrientos recoge la idea de que “El que ha de escribir los sucessos de un Príncipe, lo que primero ha de referir, en los ejércitos, fuerças y grandeza que posee en su Imperio; para que con esto entre el lector con los principios, y causas principales de todos los accidentes” (*Anales*, IV, af. 37, p. 277). Una idea rechazada por Juan Pablo Forner para quien “Las guerras deberían tener el mismo lugar en las historias generales que las pestes, las inundaciones y las hambres. Su narración debería ceñirse a muy pocas páginas. Sus efectos con relación a la felicidad o infelicidad de los estados son los que verdaderamente tocan al historiador...”³⁶

El canónigo de Urgell, Jaime Bartolomé, tradujo la *Historia de las guerras civiles de los romanos* de Apiano Alejandrino (Barcelona, Cormellas, 1592) dedicándola a Felipe II. La obra, muy oportuna tras los hechos de Aragón del año precedente, recalca que Roma perdió su gloria y reputación cuando comenzaron las disensiones entre sus mejores hombres, arrastrados por sus intereses particulares y abandonando el provecho público. La contradicción es que, tras caer la república romana, “ésta vino a parar en Imperio y Monarchia”, siendo su principal heredero el propio Felipe II, calificado como “Monarca del Mundo”. Quizás la obra de Apiano Alejandrino, si bien muestra los elementos militares que vemos en otros autores -formación de ejércitos y su mantenimiento, batallas, arengas, premios...-, se decanta más por el relato de los

³⁶ Juan Pablo Forner, *Discurso sobre el modo de escribir y mejorar la historia de España*, Barcelona, 1973, p. 141, n. 65.

acontecimientos políticos desde las disensiones de la época de Cayo Graco hasta la victoria de Augusto.

Juan Martín Cordero tradujo *Las guerras de los judíos y la destrucción de Hierusalém* de Flavio Josefo (Amberes, M. Nucio, 1557) y dedicó su trabajo a Felipe II. Para Martín Cordero, la Historia sirve "...à los unos, para que aprendan como deven reconocer à sus superiores, y à los otros para que vean, como en un espejo muy claramente, de que manera deven regir los que tienen baxo de su imperio". De las obras dedicadas a las campañas posteriores a las de César, sin duda cabe destacar las emprendidas por Roma para aplastar la revuelta judía en la época de Vespasiano -ayudado por su hijo Tito-, si bien Flavio Josefo se remonta a la época de las disensiones entre los judíos que terminaron con la llegada de las tropas de Pompeyo. Josefo argumenta que la destrucción de Jerusalén y la muerte de cerca de un millón y medio de sus compatriotas -datos de Martín Cordero- exigen que una persona que había luchado contra los romanos y que luego se les había sometido fuese quien relatase los hechos, poniendo en su lugar a cada uno. En relación a lo que nos interesa más en concreto, cabe decir que el autor nos presenta el funcionamiento de los ejércitos romanos, especialmente la disciplina y sus armas y técnicas de asedio. La obra es una buena prueba tanto de la diligencia en el ataque de los romanos, como de la resistencia a ultranza de los judíos, que suplen con valor y arrojo la falta de medios militares. Josefo, indispuesto con los suyos, que no querían rendirse cuando los romanos ofrecían misericordia para terminar con la resistencia, demuestra con el calado de su discurso el aprecio que se tuvo por la obra durante tanto tiempo: "Morir por la libertad no niego yo que sea cosa muy de hombre, pero peleando, y en las manos de aquellos que trabajan por quitárnosla; agora ya vemos todos que la guerra y batalla ya passo, y ellos no nos quieren matar. Por hombre temeroso y covarde tengo yo al que no quiere morir quando conviene, y tengo también por hombre sin cordura al que quiere morir quando no le es necesario". (Fol. 169) La obra también es útil para demostrar las ventajas que se observan cuando el príncipe se pone al frente de sus ejércitos -en este caso, Tito- y de los premios que éste concedió a sus hombres tras la campaña, así como las arengas que conviene lanzar disponiendo el ejército en formación y dotando a la parafernalia militar el máximo sentido de honorabilidad. La idea de premiar, más que de reprender, está muy clara: "...más quería honrrar la virtud y esfuerço que avían mostrado en perseverar como buenos compañeros de la guerra, que no en castigar los yerros de los otros" (Fol. 320 vº).

Diego López tradujo *Los nueve libros de exemplos y virtudes morales de Valerio Máximo* (Madrid, 1655) donde dicho autor comentaba "...la principal honra, y a la principal firmeza del Imperio Romano, que hasta este tiempo se ha guardado entera, y sin peligro... que es el vínculo que conserva la disciplina militar en cuyo seno, y

defensa descansa el estado quieto y sosegado de la paz bienaventurada” (p. 31) , una idea de gran éxito, y muy reproducida por lo tanto, entre la literatura política de la Época Moderna. Valerio Máximo, que escribe en tiempos de Tiberio, habla sin que fuese contraproducente de la necesidad de restaurar la “disciplina antigua” -como querían hacer todos los tratadistas de la Época Moderna-, consistente en obligar al soldado a llevar su bagaje, a hacerse su comida, a cavar un foso y construir una empalizada a la hora de acampar y expulsar del ejército a las prostitutas y amancebadas. En definitiva, Roma hubo de adaptar de Esparta la vieja máxima de que el soldado debía temer más a sus oficiales que al enemigo. De todas formas, esta obra de Valerio Máximo, de gran éxito en la época, sin duda ayudó a fijar las virtudes morales y las sanas costumbres de las que debían hacer gala los buenos generales y, por extensión, las tropas.

Julio César

Los *Comentarios* de Julio César sobre la Guerra de las Galias son, realmente, el mejor complemento de los tratados técnicos para mostrar tanto al futuro militar como al soldado ya en activo las virtudes del gran capitán en campaña. De la lectura de las campañas de César se puede destacar en primer lugar cómo busca el contacto con el enemigo mediante exploradores dirigidos por un soldado de experiencia y con la caballería, mientras él mismo procuraba encontrar una buena localización, generalmente una colina, para instalar a su ejército en orden de batalla. Cuando persigue al enemigo y hay que acampar, César instala su campamento a una distancia prudencial pero no demasiado alejada. En la lucha contra los helvecios, César envía contra ellos a la caballería para contenerlos, mientras forma con sus legiones más expertas una triple línea al pie de la colina que les servía como lugar de acampada. En lo alto de la colina colocó César como reserva a dos legiones que había reclutado hacía poco tiempo. Finalmente, apartó su caballo y el de todos sus oficiales para evitar una posible huida y obligar a todos a la lucha. Antes de iniciar las campañas contra los germanos, los hombres de César, desde los bisoños a los veteranos, se dejaron contagiar por las noticias que de los fieros germanos les proporcionaban los derrotados galos. Cuando en el ejército se empezaron a escribir los primeros testamentos, César creyó oportuno utilizar la, así lo diríamos hoy día, psicología para recuperar la moral de sus tropas. César arengó a sus tropas utilizando un argumento bastante contundente por lógica: no se debía temer a unos hombres que ya habían sido vencidos previamente por otros que, a su vez, habían sido aplastados por Roma. César recordó, entre otras victorias, la acontecida en la revuelta de esclavos liderada por Espartaco, muy peligrosa por haber utilizado éstos la experiencia militar y la disciplina adquirida de los romanos.

César enseña a sus lectores cómo formar un ejército en campaña que se ha de enfrentar a un número superior de hombres -evitando ser rodeado eligiendo cuidadosamente el emplazamiento-, demuestra la utilidad de la caballería para contactar ligeramente con el enemigo y conocer sus actitudes ante la guerra y su moral; siempre dejaba César a sus soldados menos expertos -las legiones recién reclutadas- al cuidado del bagaje del ejército, para que el resto de los hombres luchasen sin impedimentos; de forma muy clara, César demuestra que la instrucción y el entrenamiento de sus hombres eran la clave para poder afrontar la lucha contra enemigos superiores en número. La presencia de César en primera línea durante la batalla contra los nervios, la más comprometida hasta el momento de la campaña, y su uso de la reserva de tropas que siempre utilizaba en su estrategia -quienes tomaron el campamento enemigo- son otras enseñanzas importantísimas. En la campaña contra los suevos hay que destacar la estrategia de un rápido avance con el ejército formado para coger por sorpresa al enemigo y asaltar su campamento, jugando con el consiguiente desorden a favor nuestro. La primera expedición a Britania demuestra las enormes dificultades del desembarco de tropas, que han de luchar inmediatamente después en situación adversa, sobre todo si se enfrentan a un enemigo diestro en una nueva forma de lucha. En la segunda campaña en Britania, César aplica lo aprendido con anterioridad, deja sus naves a buen recaudo en un litoral apto tanto para el desembarco como para un reembarque rápido, si fuera el caso, y avanzó con decisión, pero precavidamente, contra el enemigo; una vez huidos los britanos, César impidió a sus tropas su persecución por no conocer el país y por la necesidad de fortificar antes su posición. César explica de forma exquisita la táctica de su enemigo y, seguidamente, relata su victoria utilizando las contramedidas tácticas oportunas.

Tras la segunda expedición británica, los nervios se levantan de nuevo y atacan el campamento de invierno cercano a sus territorios utilizando una táctica de asedio aprendida de los romanos. César los derrota gracias a una doble estrategia: falsa retirada de la caballería del campo de batalla, que se refugia en el campamento, preparado por César como si fuese a esperar un largo asedio y, en segundo lugar, cuando el enemigo se había confiado, César ordenó una salida por todas las puertas al mismo tiempo, derrotando al oponente.³⁷

El éxito de las obras de César fue tan grande que tratadistas del siglo XVII, como el flamenco Carlos Bonieres, barón de Auchy, o el francés duque de Rohan le dedicaron algunos de sus trabajos. Este último fue un autor de gran éxito en Francia y, de hecho, en toda Europa a partir de la publicación de su tratado *Le parfait capitaine*

³⁷ Para no alargarnos demasiado nos limitamos a un recorrido por los primeros cinco libros de la obra. Hemos utilizado la versión de V. López Soto, Ed. Juventud, Barcelona, 1971.

(París, 1636). Su obra fue trasladada al castellano bajo el título *Discursos militares traducidos por el Maestre de campo don Francisco Deza* (Amberes, 1652). Ningún tratadista hispano de estos años -ni de los anteriores tampoco- había utilizado directamente las obras de César -en concreto, los comentarios de las Guerras de las Galias y de las Guerras Civiles- como lo hizo Rohan, resumiendo primero el contenido de cada libro y comentándolo después. También añadió algunas páginas sobre la formación de la falange griega y la disciplina militar romana. A diferencia de otros autores, el duque de Rohan exponía que, si bien la aparición de la pólvora y la artillería había introducido algunos cambios en la guerra, la naturaleza de la misma no había cambiado tanto, de modo que seguía siendo útil conocer la estrategia, la táctica y la logística de los antiguos. Ante todo, el autor destaca la necesidad para cualquier príncipe de seguir los pasos de César, el perfecto capitán del título, aún no superado por su conducta prudente, su estupenda diligencia, su constancia admirable, su coraje y su bien dosificada temeridad, sólo utilizada cuando era imprescindible.

Tras realizar, como hemos dicho, una lectura personal de algunos de los comentarios de César, entresacando una serie de lecciones, todas útiles, Rohan presenta al lector la formación militar griega clásica, la falange, utilizando un lenguaje asequible, sin descuidar una serie de figuras que aclaran el texto, pero sin renunciar al uso de términos técnicos, todos traducidos. Seguidamente, nos presenta la formación romana, la no menos famosa legión -sobre un ejemplo de 4.200 infantes y 300 caballos-, con las características de su marcha, del alojamiento, de las guardias, de los premios y de los castigos... El principal referente es Polibio. Para explicar la formación en orden de batalla utiliza Rohan cuatro figuras, todas muy poco elaboradas y, quizás por ello, muy claras: para los asedios, el autor recuerda que César no sólo realizó los mejores, sino que, y esto es muy importante, fue el que mejor los describió, de forma que el lector puede aprender más fácilmente de ellos. En los dos últimos capítulos de esta parte, Rohan compara las armas y el orden militar de griegos y romanos, así como el recuerdo de algunas batallas clásicas, cuya principal enseñanza es que la victoria es factible si se logra rodear al enemigo y si se deja una parte del ejército en reserva, de manera que pueda acudir allí donde sea más útil. Y lo expuesto no contradice la idea de que un ejército no debe tener más de 40.000 ó 50.000 hombres, porque por encima de dicha cantidad los hombres no son de utilidad y se mueren -o desertan, añadimos- por falta de asistencias. Si nos vamos a oponer a un ejército superior en número, lo ideal es buscar un terreno favorable para dar la batalla -y para acampar- con defensas naturales. Enseñanzas todas de las campañas de César.

Ciertamente, autores como F.L. Taylor y Michael Mallet, estudiosos de la guerra en el Renacimiento italiano, consideran que la influencia de los autores militares -y los historiadores- del pasado fue sobre todo académica, de modo que su trascendencia para

las operaciones militares también fue reducida. Estamos de acuerdo en que sólo la lectura de descripciones del ejército de la República romana no conduce a un interés renovado por la infantería, sino que las necesidades prácticas del momento por contar con una infantería más poderosa fueron decisivas.³⁸ Ahora bien, como se ha dicho al inicio de este trabajo, los oficiales europeos a partir de finales del siglo XV se encontraron con ejércitos cada vez más numerosos, en los que la infantería tenía un peso preponderante y en los que la caballería pesada de tipo medieval jugaba un papel cada vez más reducido. César -con todas sus limitaciones, como nos señala John Keegan, siempre brillante³⁹- era uno de los principales referentes porque había conducido ejércitos con características parecidas a los que se formaban en Europa desde fines del siglo XV. Mientras se adquiría experiencia en el campo de batalla, sin duda contar con las enseñanzas de un gran general del pasado podía ser útil, sobre todo si se debían tomar decisiones difíciles que había que justificar. Por otro lado, también había que convencer de alguna forma a la nobleza militar europea que era igual de honroso vencer en una batalla con un ejército formado mayoritariamente por infantes, que dirigiendo una carga de la caballería pesada. ¿Cómo hacerlo? Recurriendo a los autores clásicos, en especial a César. La lectura de César no resolverá los problemas logísticos, pero sí ofrecerá pautas de comportamiento para los oficiales que tuviesen que dirigir grandes masas de hombres. Con César se aprende a liderar. Otro tema era cómo leerlo.

El humanista Lorenzo Palmireno en *El latino de repente* (Barcelona, Graells y Dòtil, 1600) incluía su punto de vista a cerca de la lectura de César titulado: “Que no se han de traer elegancias en la lición de César, y a esta ocasión se declara la método de leer Comentarios de César a caballeros”. Palmireno comenta que a César hay que leerlo siguiendo nueve preceptos para no cansar a los jóvenes aprendices de guerrero. El primero es buscar ejemplos de hazañas en las guerras del presente, pero sin dejar de resaltar que la valentía no tiene que ver con la existencia de nuevas armas como la artillería. En segundo lugar hay que comparar la pericia de César con la de capitanes griegos como Filopemen o Alejandro Magno, sobre todo resaltando sus andanzas cuando eran jóvenes. En tercer y cuarto lugar señalarles que no hubo un jefe militar romano superior a César, pero también que éste fue un tirano. En quinto lugar hacer comparaciones breves con una obra como la de Paulo Giovio⁴⁰ sobre vidas de hombres ilustres. Las advertencias sexta a octava están relacionadas con la forma de escribir de César y otros autores, en este caso, modernos. El punto noveno es dividir los conocimientos

³⁸ Citado por John Keegan, *El rostro de la batalla*, Madrid, 1990, p. 74.

³⁹ John Keegan, *El rostro de la batalla*, pp. 74-80. Para Keegan, César no nos habla de las características de su ejército, sino de su liderazgo que, por motivos políticos, le interesaba resaltar.

⁴⁰ Paolo Giovio, *Elogios o vidas breves, de los caballeros antiguos y modernos, Ilustres en valor de guerra, que están al bivo pintados en el Museo de Paulo Iovio* (Granada, Hugo de Mena, 1568).

militares de César en alojar, marchar y combatir con un ejército y señalar qué se conservaba en la milicia moderna de tales enseñanzas. Sobre las traducciones de César, dice Palmireno que la mejor es la que hizo al italiano Andrea Palladio publicada en Venecia en 1575, criticando de paso las castellana de Diego López de Toledo.⁴¹

Aún estando de acuerdo con John Keegan en que las descripciones de las legiones romanas y su funcionamiento eran muy convencionales y poco creíbles, de modo que tanto Mauricio de Nassau como Gustavo II Adolfo de Suecia podían estar persiguiendo una quimera, lo importante es que tenían un referente que, psicológicamente, les permitía enfrentarse, sobre todo en el caso de los holandeses, contra el tercio hispánico, una de cuyas virtudes, reconocida tanto por amigos como por enemigos, en su época dorada era la disciplina. Pero habría un tercer factor. ¿Qué ocurre con los oficiales ascendidos no por méritos sino por su cuna? Creemos que es lógico pensar que, en estos casos, la falta de experiencia debería ser suplida con la lectura de los clásicos, de las operaciones del pasado, pero también con el conocimiento de las campañas del presente, sobre todo las de las Guerras de los Países Bajos, pero sin olvidar las guerras de Italia (1494-1559), las campañas del emperador Carlos V en Alemania, o las eternas luchas contra turcos y berberiscos en el Mediterráneo.

⁴¹ De hecho, la traducción de éste último publicada en París en 1549 está muy cuidada. Dedicada al secretario de la reina Leonor de Francia, infanta de España, Jerónimo Pérez García de Oliván, el traductor incluía un comentario de las Guerras de las Galias de Aulo Hircio y otro de la Guerra de España de autor anónimo, además de los de César; pero también un mapa de la Galia para esclarecer las dudas geográficas, una serie de figuras arquitectónicas -que refuerzan el valor formativo de la edición- y un resumen de los hechos relevantes. En el prólogo se defiende la Historia que, como aviso de los sucesos pasados, nos ayuda a suplir la falta de experiencia. Sigue reivindicando la figura de César como el modelo del político-guerrero que hay que imitar; en el caso de sus virtudes militares, hay que mencionar "...como era osado en el emprender, prudente en el determinar, valiente en el batallar, pertinaz en seguir los alcances de los enemigos y gozar de la victoria: También era clementísimo en el perdonar a los rendidos..."